

María Enriqueta Camarillo, una de las escritoras más prolíficas de finales del siglo XIX y principios del XX, como hija de buena familia, aprendió a leer música y a tocar el piano desde que era una niña. Nació en Coatepec, Veracruz, en el año de 1872 y su padre, que tocaba la guitarra y la flauta, además de mostrarle la senda del bien y el valor del orden y la disciplina, le heredó el amor por la música. Su familia se trasladó muy pronto a la Ciudad de México y ella pudo ingresar, en 1887, a la edad de 15 años, al Conservatorio Nacional para cursar la carrera de pianista. A los 21 años recibió el diploma de maestra de piano y dio algunos conciertos, además de componer varias piezas de música popular. Dos de ellas, el chotis *Entre rosas* y la mazurca *Isabel*, tuvieron la suerte de ser editadas y distribuidas por la Casa Wagner de México.

Compone música con la misma intención que más tarde escribirá literatura: para solaz de las mujeres que, como ella, tienen como destino el de ser los ángeles del hogar. Sus primeros poemas aparecen publicados en el periódico *El Universal* con el seudónimo de Iván Moszkowski, que hacía referencia al compositor polaco Mauricio Moszkowski (1854-1925). Valentin Yakovlev Baldin, su biógrafo (quien tuvo la fortuna de entrevistarla en múltiples ocasiones durante la década de los cincuenta del siglo pasado), comenta que su mayor deseo era dedicarse a dar clases de piano, pero su padre no consintió que trabajara. Fue tal la decepción de la joven pianista que su madre se atrevió a acompañarla a las casas de sus alumnas. A don Alejo no le quedó más remedio que aceptarlo, pues para ese entonces (inicios de la última década del siglo) la familia Camarillo y Roa pasaba por una mala racha

MELODÍAS ENCONTRADAS: dos poetas mexicanas de las primeras décadas del siglo XX

Ester Hernández Palacios

económica y el dinero que ella ganaba con sus clases no podía menospreciarse, ya que le servía para cumplir algunas necesidades que su padre no podía satisfacer. Pese a que el magisterio musical le proporcionaba una pequeña renta, esta no alcanzaba a satisfacer sus ambiciones de desarrollo creativo, por lo que se inclinó cada vez más a la lectura y empezó a incursionar en la creación literaria. Escribió sin descanso, y en enero de 1895 publicó en la *Revista Azul* su primer cuento: “El maestro Floriani”, inspirado en la figura de su maestro de piano, don Carlos J. Meneses, por quien ella tenía especial afecto y admiración.

Después de contraer matrimonio en el mes de mayo de 1898 con el intelectual conservador Carlos Pereyra, cercano al grupo de don Alfonso Reyes, se dedicó sobre todo a la creación literaria,

aunque nunca, ni en los momentos más difíciles, dejó de interpretar al piano la música de los románticos, sus compositores favoritos. La casa del nuevo matrimonio se convirtió en el lugar en que se reunía un grupo de artistas e intelectuales conservadores; cada viernes charlaban, leían obra suya y de otros, y escuchaban a María Enriqueta interpretar al piano las piezas de sus músicos preferidos. En los últimos años del siglo XIX empezó a publicar literatura, dirigida sobre todo a los niños y las mujeres, sin por ello abandonar la música. En el año de 1913, Pedro Henríquez Ureña publicó, a solicitud de Alfonso Reyes, un artículo sobre los integrantes del Ateneo de la Juventud, en el que enlista a los 60 miembros que lo conformaban. La lista se inicia con las dos pianistas y únicas mujeres del grupo: María Enriqueta y Alba

Herrera, lo anterior pese a que el epistolario de Reyes y Henríquez Ureña contiene algunos comentarios negativos sobre la escritora.

En julio de 1910 los Pereyra se trasladaron a La Habana porque don Carlos había sido nombrado encargado de negocios de la Embajada de México en Cuba; regresaron casi de inmediato porque Pereyra fue electo diputado en el Congreso de la Unión. Unas semanas después estalló la Revolución mexicana. Para ese entonces, la escritora había ya publicado sus *Rosas de la infancia* que se leían en todas las escuelas primarias del país. En julio de 1913, Pereyra recibió el nombramiento de ministro de México en Bélgica y Holanda con residencia en Bruselas, y él y su María Enriqueta dejaron el país para trasladarse al Viejo Continente.

Su piano la acompañó durante su larga y difícil estancia en Europa. Al triunfo de la Revolución, Carlos Pereyra decide quemar las naves y a partir de ese momento el instrumento musical se convertirá en refugio y fortaleza de María Enriqueta frente a los embates del destierro y frente al carácter autoritario y cada vez más amargo de su esposo, que soportaba mal el exilio y el éxito que, pese a todo, seguían teniendo los libros de su esposa en México.

La música la sostuvo sobre todo en los terribles días del cerco de Madrid, durante los cuales ella y su marido sufrieron no solo las privaciones propias de la guerra, sino el temor a los *rojos*. En julio de 1942, ya en pleno franquismo, murió Carlos Pereyra y ella esperó hasta poder exhumar los restos de su esposo para regresar, con ellos y con su piano, a la añorada patria.

Su espíritu musical está presente en su obra literaria, particularmente en su poesía, y puede sintetizarse en estos versos de su autoría:

La música la sostuvo sobre todo en los terribles días del cerco de Madrid, durante los cuales ella y su marido sufrieron no solo las privaciones propias de la guerra, sino el temor a los rojos.

Ahí viene el afilador / tocando su caramillo. / ¡Ay!, decidle por favor / que afile pronto un cuchillo / con que matar mi dolor!

Concha Michel, por el contrario, fue una creadora mítica; su vida y su obra están cubiertas por una leyenda que ella misma se encargó de construir con la participación de camaradas y colegas. Sin embargo se sabe que, al igual que María Enriqueta, nació en la provincia, en un pueblo de Jalisco en el año de 1899, dentro de una familia de comerciantes de origen francés que poseía grandes propiedades agrícolas. Su nombre real era Asunción. Se conoce poco de su infancia y adolescencia y los datos que se tienen no necesariamente se apegan a la verdad. Sus padres decidieron que ingresara a un internado en Guadalajara, del que se escapó unos pocos años después de su ingreso. Entre las leyendas que la propia autora se ocupó de difundir, sobresale aquella en la que cuenta que desde muy niña fue internada en el convento fundado por su abuelo y que a los siete años, harta de la monotonía y la falta de libertad, se robó un corazón de Jesús y le prendió fuego, motivo por el cual fue expulsada y como consecuencia vivió por al-

gún tiempo a salto de mata, sobreviviendo gracias a su buena voz y a que pronto aprendió a acompañarse con la guitarra.

Lo cierto es que, siendo aún muy joven, se trasladó a la Ciudad de México para continuar los estudios musicales que había iniciado en Guadalajara y allí frecuenta las tertulias del grupo de artistas que fundará el movimiento estridentista. Maples Arce la ubica como una de las asiduas a las tertulias que tenían lugar en el edificio de Mixcalco 12, en el que vivían tanto Germán Cueto y su esposa Lola, como Lupe Marín y Diego Rivera. En las páginas del segundo volumen de *Memorias* del poeta vanguardista, Concha Michel no es ni una estudiante de música de concierto, ni una desprotegida joven embarazada que debe afrontar el abandono del padre de su hija, el rechazo de su familia y entorno y la muerte prematura de la pequeña (casi la imagen de una heroína de novela romántica). Es una folclorista cercana a las ideas de la revolución social en lo que se refiere a lo político, y apasionada, como muchos autores de la vanguardia internacional (el español Federico García Lorca entre los más sobresalientes), por las expresiones del arte popular, principalmente por la poesía relacionada con la música, pasión que, dicho sea de paso, los vanguardistas heredaban de los románticos.

Tal vez nació primero su interés por el folclore y posteriormente su compromiso político, o viceversa; el hecho es que, convertida en una soldadera, con su hijo "a memes" y en lugar de fusil una guitarra, recorrerá el país para ganarse la vida como cantante (particularmente de corridos) a la vez que recuperará para la posteridad el eco de otras voces para enriquecer y cimentar la propia. En palabras de su amigo Alfredo Cardona Peña, Concha Michel:



Sinfonía n.º 7, de Dvořák, 2019. Foto: Andrés Alafita.

Se hizo guerrillera, anduvo de pueblo en pueblo –como aquellos juglares del romancero– cantando las canciones del corazón de su patria. Y los indígenas que tienen la sensibilidad de las hojas al viento; los músicos ciegos y patriarcales, con sus barbas y tamboriles; la soldadera de las escaramuzas amorosas y el robusto habitante de los campos, oyeron la voz de esa muchacha libre y cantarina como los ríos, que agitaba su caja de ritmos y contagiaba optimismo y frescura [...] No esas melodías *Mexican-curious*, vestidas de espantosos pavorreales muero de luz en la tarde, producidos en los ambientes disfrazados de París y tolerados por una metrópoli que le hace carantoñas al nuevo rico de todos los tiempos. No. Sino esas melodías terrenales, profundas, magnéticas, que salen del fondo de la raza, y que abrazan desde la preconquista hasta la Revolución (1949, 5).

La cantante de ópera se convirtió no en cantadora de ferias y palenques, oficio que, por cierto, quedó perfectamente descrito en la poco conocida novela de José Juan Tablada titulada *La resurrección de los ídolos*, sino en una cantadora trashumante que va de pueblo en pueblo, de huelga en huelga, siguiendo el eco de otras voces y buscando oídos para la propia.

La Concha Michel anciana que fue entrevistada por Elena Poniatowska se enorgullecía de repetir en 1977 que al cantar se proponía romper estereotipos y, a su manera, el aparato estatal burgués. Su género preferido fue el corrido, ya fuera ella la autora de los versos o la intérprete apasionada de otros, ya fueran de autor conocido o del dominio público. Uno de sus corridos más famosos fue el titulado *Los agraristas* que sirvió como himno de los defensores de la consigna “La tierra es de quien la trabaja”. A lo largo de su vida recogió muchas letras y compuso otras tantas.

Fue miembro activo de la Liga de Escritores y Artistas Revolu-

cionarios, mejor conocida como LEAR, y realizó un viaje a la URSS, después de reunir dinero cantando en ferias y palenques. **LPyH**

REFERENCIAS

- Camarillo y Roa de Pereyra, María Enriqueta. 2017. *Rincones románticos. María Enriqueta Camarillo. Una antología general*. Estudio preliminar y selección por Ester Hernández Palacios. México: FLM/FCE/UNAM.
- Cardona Peña, Alfredo. 1949. “Concha Michel”. *El Nacional*, 4 de enero.
- Peña Doria, Olga Martha. 2015. *En busca de la dualidad. La obra literaria de Concha Michel*. Guadalajara: UdeG.

Ester Hernández Palacios es investigadora y profesora de la UV; estudia a mujeres poetas mexicanas de los siglos XIX y XX. En 2011 recibió el Premio Bellas Artes de Testimonio Carlos Montemayor por su *Diario de una madre mutilada*.